

Milton Friedman en México

En los últimos 30 días los sectores privado y gubernamental mexicanos han perdido las buenas maneras y han iniciado una peculiar batalla, en donde los cañones de diversos calibres alcanzaron diferentes dimensiones en los desplegados y editoriales de la prensa.

Los empresarios, por su parte, ya alcanzaron niveles altos en su radicalismo y casi todas sus organizaciones acusan al gobierno mexicano de ser el responsable directo del desastre. Reconocidos voceros del fascismo subdesarrollado subieron el tono de sus prédicas y, desde luego, comenzaron a exigir, sin ningún recato, la inmediata "brasileñización" de la economía mexicana.

Como era de esperarse, pronto hicieron su aparición los discípulos de Milton Friedman, el tristemente célebre fundador de la llamada "Escuela de Chicago" de donde han surgido los teóricos de la "desregulación económica" y, ciertamente, los pocos economistas con el cinismo suficiente como para ponerse a los órdenes de dictaduras como las de Uruguay, Chile y Argentina.

Estos mexicanos modernos y aspirantes a convertirse en inspiradores de orates poderosos —como alguna vez les llamó Keynes—, han comenzado ya a proliferar en México y han elaborado un modelo de desarrollo económico muy acorde con la "desregulación" y los peculiares principios que de ella se derivan. Dicho modelo tiene dos supuestos básicos: la reducción de las actividades gubernamentales y la desnacionalización total de la economía. En otras palabras, que de una vez se tome el camino del desarrollismo dependiente que en la actualidad recorren la mayoría de los países latinoamericanos y que, obviamente, es más viable cuando adquiere formas de desarrollismo armado.

Desde luego éste no es el momento de preguntarse si aquellos que se sustentan como teóricos de la CONCAMIN, CONCANACO o COPARMEX son discípulos directos del flamante premio Nobel y ni siquiera si aprendieron o no sus enseñanzas; lo importante es señalar que aparentemente han encontrado mucho eco dentro de la burguesía mexicana, por lo que, desde luego, es necesario encontrar las razones por las cuales la burguesía mexicana da la impresión de haber perdido la cabeza.

Y es que la burguesía nacional ha comenzado a "olvidar" que el gobierno mexicano participa en un esquema clasista cuya traducción a la esfera económica es conocida bajo el nombre de "economía mixta"; que ciertamente es una mixtura de ficción e ideología. Tal participación gubernamental no es, ni mucho menos, excepcional y actualmente forma parte de una estrategia que el capitalismo a la defensiva se ha encargado de hacer absolutamente necesaria, puesto que las burguesías por sí solas son incapaces de mantener y

promover las relaciones productivas fundamentales del capitalismo. En el caso de las burguesías subdesarrolladas tal necesidad es aún mayor, y éste es el caso del sector privado mexicano.

De esa manera el gobierno ya no es solamente el elemento multiplicador que Keynes sugería para las sociedades capitalistas, sino que sus funciones de inversión y de gasto público se han convertido en los únicos factores contrarrestantes de las deficiencias y variaciones económicas que en los países subdesarrollados son fenómenos de una mayor frecuencia.

Así, si la economía mexicana ha entrado en una definitiva espiral de inestabilidad, ello no se debe a la participación del gobierno en la actividad económica, sino a que lo único relacionado con esa participación es el aplazamiento del derrumbe de eso que algunos optimistas llegaron a denominar el "milagro mexicano".

La historia de la crisis no es nueva y se remonta al año de 1970, cuando la economía norteamericana comenzó uno de sus ya acostumbrados tambaleos y ello se reflejó en todas las economías que con respecto a los Estados Unidos mantienen una nada discreta relación de dependencia.

A fines de 1970 comenzó a detectarse en México un fenómeno que por entonces era bastante raro: una explosiva mezcla de inflación y una creciente desocupación de la mano de obra.

Hacia 1971 la baja de la producción se generaliza a casi todos los renglones de la economía y las exportaciones disminuyen sus ya de por sí raquíticas cuantías. En un año el gasto público sufre una baja del 10 por ciento lo que no tiene ningún precedente en el presente siglo y la inversión bruta disminuye, aún en términos absolutos.

Era un panorama poco alentador y la palabra "atonía" llegó a ser de uso cotidiano. Aproximadamente el 30 por ciento de las instalaciones industriales trabajaban a media capacidad, y en el caso de la industria textil se registraron innumerables casos de quiebra.

En ese momento la estrategia económica debería ser modificada y, en efecto, se procedió a hacer los ajustes necesarios. Las medidas que se tomaron fueron de reactivamiento de la economía y a corto plazo el gobierno mexicano logró su objetivo.

Sin embargo los resultados de ese "calentamiento" económico sólo se hicieron esperar tres años; ahora se presentan con mayor fuerza y de manera directa son los causantes del problema monetario.

Esa estrategia de desarrollo comprendió formas directas e indirectas de apoyo a los sectores empresariales que operan en territorio mexicano.

Las formas en que se concretó el apoyo directo fueron, por una parte, el incremento de los precios al consumidor que entre 1970 y 1973 alcanzó un promedio de 8 por ciento por año. Por otra parte se tomaron una serie de medidas que reforzaron el carácter cautivo del mercado mexicano, las cuales beneficiaron a una supuesta burguesía nacional y a los inversionistas extranjeros que desde hace mucho tiempo controlan los sectores de mayor dinamis-

mo de la producción del país. Después de todo, los cotos de caza son mejores cuando están bien cercados.

Como apoyo indirecto comenzó a dispararse el gasto público, que entre 1970 y 1973 tuvo un incremento del 50 por ciento y para ello se obtuvieron recursos de los dos únicos lugares de donde pueden obtenerlos los países subdesarrollados: en los préstamos del exterior y en el crecimiento desmedido de la masa monetaria. Tanto la deuda pública externa como los circulantes monetarios se duplicaron en menos de tres años.

Esas medidas fueron la pólvora que iba a causar la explosión; sin embargo, en su momento la frenaron. De no ser por el aumento en el gasto público con miras a crear mejores condiciones para la inversión privada, la "atonía" de 1971 se hubiera prolongado, cuando menos hasta 1973. Es más, la existencia de una burocracia crecida en extremo y que por entonces se vio como una deformación administrativa no es más que el resultado de una búsqueda de empleo "semi-pleno", totalmente acorde dentro de una política capitalista de emergencia.

Y es que siendo la economía mexicana un fenómeno estructuralmente deteriorado, de ninguna manera podía dejarse en completa libertad a las fuerzas del mercado. La búsqueda de las ganancias es la fuerza fundamental del desarrollo capitalista, y no es posible encontrar algún empresario dispuesto a cubrir las obligaciones que hasta ahora han correspondido al "Estado pagador".

El caso mexicano no es ninguna excepción y la actividad subsidiante del Estado mexicano es ininterrumpida. Nadie concibe el desarrollo del capitalismo sin una empresa como Petróleos Mexicanos, que pese a explotar uno de los renglones extractivos más importantes del país, en muchas ocasiones ha tenido saldos negativos. Nadie puede pensar que los subsidios en transporte de carga y en cuotas de energía son elementos prescindibles. Tampoco podría esperarse un buen proceso de reproducción de capital sin un buen control gubernamental sobre el movimiento obrero.

Y como si todo lo anterior fuera poco, dejar a las fuerzas del mercado actividades económicas, tales como la comercialización de los satisfactores fundamentales, equivaldría a encarecer la fuerza de trabajo y aun a la eliminación de los posibles compradores.

El gobierno mexicano, al crear un sector burocrático inflado, no hace más que mantener las posibilidades de demanda y con ella las tasas de ganancia. Bien conocida es la escasa capacidad generadora de empleos del sector privado mexicano, que se hace menor en las empresas dominadas por el capital extranjero, ya que la tecnología relativamente avanzada reduce las necesidades de contratación de fuerza de trabajo directa.

Ahora bien, las condiciones en que opera el sector privado mexicano son excepcionalmente buenas. Veamos el porqué de esta afirmación:

a) La participación de los empresarios en las ganancias es muy elevada y tiende a incrementarse, pues mientras los trabajadores reciben el 25 por ciento

del total, los empresarios reciben el 40. La existencia de mercados cautivos, de una reserva voluminosa de mano de obra barata y del control sobre los trabajadores hacen posible tales márgenes de ganancia:

b) La carga fiscal se encuentra entre las tres más regresivas de América Latina y es la más reducida del continente. Los coeficientes tributarios de México son menores que los de Malasia, de Costa de Marfil y de Irán, para citar otros ejemplos:

c) No hay ningún control de cambios, por lo que las cuantiosas utilidades pueden ser retiradas en cualquier momento. Aunque suene a paradoja, México es un país cuyo principal producto de exportación es el dinero;

d) La participación gubernamental es muy baja y, como ya se señaló, es prácticamente subsidiante. Buena parte de las empresas del gobierno son unidades productivas de servicios que de manera directa son aprovechados a bajo costo por el sector privado.

Así, las tasas de rentabilidad de los capitales son de las más altas del mundo. En algunas ramas de la industria, como en la química, las ganancias son mayores que las que obtienen las empresas petroleras en los países árabes. En las actuales condiciones del capitalismo, quedan pocos rincones del mundo en donde los empresarios tengan mejores incentivos.

Por eso es difícil responder al problema planteado al principio: por qué el sector privado ha perdido la cabeza, o al menos eso parece cuando exige la brasileñización de la economía mexicana. Más aún cuando el "milagro brasileño" comienza a mostrarse únicamente como un pequeño sueño de las burguesías subdesarrolladas incapaces de crear siquiera grandes mitos.

Pero no nos engañemos. No hay ningún desvarío en la actitud de la burguesía mexicana. Simplemente se trata de una clase dominante, producto de un proceso histórico similar al de un invernadero. Esta clase dominante siempre ha tenido privilegios artificiales, y cualquier rectificación que los aminore a corto plazo aparece ante sus ojos como una seria amenaza; no importa que esas medidas la mantengan como clase dominante.

Por eso los discípulos de Milton Friedman están fuera de lugar en el caso mexicano y sería suicida para la clase dominante guiarse por sus cantos. No es el momento de ver qué hay en las entrañas de la gallina de los huevos de oro. La desregulación podría resultar peor que la enfermedad; claro está que la participación gubernamental trae algunos males, sin embargo no son más que el subproducto de todos los bienes que esa intervención ha ocasionado en la burguesía mexicana.

4 de noviembre de 1976

Erwin Rodríguez D.